

CAPÍTULO X

Amparo y Josefa. — Pensamientos. — Suposiciones. — La cita para el limonero. — Declaración de amor.

Como desde los colgados del *Rotito* se tranquilizaron los ánimos y hubo seguridad en los caminos, un sujeto bien acomodado y persona distinguida de Morelia, pudo con entera confianza mandar para el valle á su familia, pues enferma su esposa de una fuerte irritación de sangre ó epidermis, todos los facultativos que la visitaron le mandaron los baños de Porua como único remedio para su mal, ya hacía algunos meses que de día en día seguía agravándose, pero su esposo no se atrevía á exponerla sabiendo de cierto las depredaciones que cometían los bandidos por aquellos rumbos; pero á penas supo el triunfo del coronel Astucia que se hizo tan público, procuró informarse y arreglar la marcha de su familia, compuesta de la señora y tres niñas que fueron recomendadas desde Acambaro á un señor D. Clemente, comerciante principal de Tuxpam.

Ya tenían cerca de un mes de estar allí, y de comenzar la enferma á sentir alivio con los baños de agua de azufre de aquel saludable manantial que cada cuatro ó cinco días se daba. Cuando por ser día de su santo de doña Juanita la esposa de D. Clemente, se dispuso un bailecito, y como de costumbre luego empezó Josefa su hija mayor á instarle para que convidara al coronel, se suscitó conversación hablando de su jovialidad, valor, y demás prendas que causaron curiosidad en las morelianas por conocerlo, principalmente Amparito la hija más grande de la señora enferma, que desde Morelia al ver impresas sus proezas pocos meses antes, le llamó la atención chocándole el tal nombre de Astucia, suponiéndolo como sureño, un negrote de esos medio desalmados y ladinos.

Eran las ocho dadas de la noche, la sala estaba llena de gente,

los músicos listos y todo muy iluminado, Josefa de tiros largos entraba y salía inquieta, se asomaba en las ventanas y á cuantos llegaban les preguntaba: — ¿Qué no han visto vds. al coronel? Papacito, ¿qué mano que no le avisaron al coronel? — Sí, mi alma, sí, contestó que por acá pasaría. Dieron las ocho y media, ninguno se atrevía á romper el baile, y Josefa volvía á sus preguntas, patentizando su inquietud. — Mamá, ¿es verdad que ya choca la tardanza del coronel? ¿si le habrá sucedido algo al coronel? voy á mandar á Toribio que... — Jesús, niña, qué loca eres, cualquiera dirá que estás reventando por bailar, vaya un empeño, dijo la mamá en tono de reconvencción, y ella medio avergonzada se fué a arrinconar con sus nuevas amigas. — Qué empeño tan decidido, se decía Amparito, tiene ésta por el tal coronel, ya me figuro que será un viejo con tamaños bigotes, muy adusto, que anda contando sus hazañas desde la toma de granaditas que era tambor, mascando un puro muy baboseado, apestando á peritas de San Juan, pero si así fuera esta muchacha no estuviera tan empeñosa por su presencia. No, no, seguramente es alguno de éstos de nuevo cuño como dice papá, que han sentado plaza de capitanes, muy empavonado, con un bigote sombreado con esfomín, romántico, oliendo á esencia y pomada, con la cachucha de medio lado, cinturón muy ajustadito, todo lleno de galones y franjas, sonando el sable contra el suelo á cada paso, y como por aquí les ha llamado la atención con sus relumbrones, esta pobre payita está muy apasionada de él. O quién sabe si será como los cívicos de allá, con una levita muy guangochuda, el copete parado, la chaca levantada hasta media mollera, las presillas prendidas con alfileres, con cuatro barbitas de indio guitarrero, si es infante, un sable tamaño con correas blancas, y si de caballería, un espadín que parece de pinchar sapos, apestándole las manos á azafrán, en fin, ya no veo la hora de que llegue para reirme á carcajadas de esta pichoncita víctima de su candor. Pobre Josefa, te compadezco.

Entraron dos ó tres personas en la sala y luego se marcó el gusto en los semblantes, y mucho más en Josefa que exclamó: — ¡Ya vino, ya vino! Empezó Amparito á ver por todas partes, y nada de lo que se había supuesto apareció á sus ojos, hasta

que las expresiones de doña Juanita satisficieron su curiosidad, pues al presentársele Astucia dijo con tono de amistosa reconciliación: — Ya me estaba empezando á impacientar por su tardanza, coronel; mírenos vd. aquí que parece un duelo, y le tendió la mano. — Dispénseme vd., señora, respondió Astucia, ha sido una falta involuntaria; pero voy á quitarle el enojo, cuento con vd. para las primeras cuadrillas, esa será la prueba de que me ha perdonado. — Con mucho gusto, coronel. — Buenas noches, Susanita. ¿Cómo va, señora doña Gertrudis? ¿Cómo está vd., Lucecita, y vd. Lola? Felices, Josefita. A los pies de vd., señora, señoritas, y les hizo un cortés saludo á las morelianas, siguiendo hablando á todos los concurrentes, terminando con dar unas palmadas diciendo: — Maestros músicos, no se duerman, anuncien cuadrillas; busquen sus compañeras, caballeros, que el tiempo perdido... Y cada cual fué al estrado á pedir las cuadrillas á las bailadoras comenzando la animación y regocijo. — ¡Qué chasco me he pegado! dijo Amparito al corresponder con la cabeza su saludo al coronel, este hombre es todo un caballero, aseado, cortés, franco, de buena presencia; no sé qué le noto de semejanza con papá, pues hasta en lo chonguista y alegre le da cierto aire, principalmente en su talla y proporciones tan esbeltas, con razón la Josefita estaba tan inquieta, no es tan simple y candorosa como me la suponía; voy á ver á qué altura se encuentra su amor, y comerle el trigo, porque la verdad... no es tan cualquier cosa el coronel.

Se paró Astucia con su pareja en la cabecera, y le tocó estar frente de Amparo, el candil iluminaba de lleno su apacible semblante, que al fijarle la atención el coronel, algún tanto se coloró, y después de mirarla con cuidado ahogó un suspiro que salía de su pecho diciendo: — Es muy semejante, qué fatal casualidad la ha puesto en mi presencia, si no fuera porque ya estará muy cáncama y con una chorrera de hijos, juraría yo que esta amable niña era la misma Refugio en persona, mi único y primer amor, y cada vez que podía estudiaba una á una sus facciones que iban haciendo revivir un fuego convertido en cenizas, con diez años de continuas tareas, cuidados, atenciones y pesares, que sustituyeron la pasión con que verdaderamente amaba á Refugio. Cuando terminaron las cuadrillas sacó á Jo-

sefa á bailar una contradanza, y á pesar de ser buena moza, no dejaba de ver á la cortesana comparando una con otra, y dándole en todo la ventaja á la segunda.

Después obligaron á las dos niñas más grandes huéspedas á que cantaran una cancioncita, las dos hermanas se acompañaban bien y cantaron el Trovador que en esa época era el más moderno, lo hicieron muy bien, Astucia primero encantado al escuchar la voz de Amparito, y luego frenético aplaudía con entusiasmo, se las hizo repetir, aquella canción le llegó al alma, la letra le convenía apropiársela en semejante ocasión, no perdió ni una sola palabra, y en suma, su marchitado corazón por instantes se inflamaba, la sacó á bailar un vals y acabó de atarantarlo el contacto, delicado talle, una sedosa y pulida manita que tomó entre la suya, hasta el aliento y respiración de su pareja lo magnetizaba al grado de estar fuera de sí. Se pusieron á pasear para tomar resuello, y promoviendo conversación le preguntó: — ¿Vds. son de por estos rumbos, señorita? — No, coronel, somos de Morelia. — ¿Y durará mucho su estancia en este pueblo? — Quién sabe, eso depende del restablecimiento de mi mamá, que la hemos venido á acompañar para que se dé los baños de Porua. — ¿Y qué tal efecto le han surtido? — Magnífico, coronel, luego luego ha sentido alivio. — ¿Qué es muy grande la familia? — La que vd. ve, mamá, mis dos hermanas, yo que soy la mayor, y papá que por sus muchas atenciones no pudo acompañarnos. — ¿Qué es comerciante? — No, señor, es abogado, y por ser hoy ministro de la suprema Corte, no lo dejan un instante libre los negocios. Esta respuesta lo aterró y decía en su mente: — Ministro de la suprema Corte, qué demonio, no se hizo el pastel, y prosiguió: — ¿Y qué le parecen á vd. estos terrenos? — Si le he de responder con franqueza, horrorosos, aunque todo es muy ameno, el calor y tanta sabandija son insoportables. — Es verdad, dijo con tristeza. — A pesar de eso, prosiguió ella diciendo, yo soy animal de todos climas, participo de las ideas de mi mamá que como ranchera delira por el campo. — Sin embargo, ¿extrañará vd. la vida de la corte, las visitas, las diversiones, y tanto con que puede uno distraerse por allá? — No, coronel, todo aquello me tiene fastidiada. — No diga vd. que soy curioso,

señorita, ¿dígame vd. su nombre? — Amparo, para servir á vd. — *No para servirme*, replicó al instante, *sinó para ampararme*, y sin poderse contener apretó su brazo contra su cuerpo con suavidad oprimiendo la mano de Amparo, demostrando en sus ojos el fuego que ardía en su pecho. Ella sorprendida de aquella insinuación tan inesperada retiró violentamente su mano y se puso muy encendida, él, avergonzado alzó el codo, volvió á tomar el brazo apenas tocándolo con los dedos y percibió perfectamente un hondo suspiro que exhaló Lorenzo, bajó los ojos con tristeza y siguió andando sin hablar una palabra. — Permitame vd. que me siente, coronel, estoy fatigada y... — Mil gracias, señorita, y la sentó en su lugar muy abochornado, y ella sumamente seria y molestanda, diciéndose: — ¿Qué se habrá figurado este hombre que soy una cualquiera? ¿Qué motivo le he dado para esa llaneza? ya se ve, todos los hombres son audaces y atrevidos, está acostumbrado á tratar con estas payas que se dejan manejar como bestias, yo me había figurado al tal coronel otra persona, pero ahora veo que es un soldadón tan... y mirándolo sentado en el otro extremo de la sala muy serio y como avergonzado excusarse de su vista sin hacer caso de Josefa que se empeñaba en platicarle, cambió de faz y pensamiento diciendo: — ¿Qué tiene este hombre que me acaba de ofender y no puedo demostrarle mi enojo? ese suspiro que exhaló tan profundo me dejó confundida, y no tuve valor para reconvenirle. Pero qué Josefa tan chocante, ya no halla cómo engratularlo con sus zalamerías, de veras que me causa grima tanto empeño, si yo fuera ese hombre ya le hubiera dado un gaznatada por coqueta y... ¿pero y qué me interesa? á ver como no se lo come con todo y zapatos; no, pero sí esto ya no es sufrible, vaya una mujer tan...

En esto se metió para adentro la mamá y á fuerza de fuerzas tuvo que seguirla Amparo y sus otras hijas, al pasar junto á Astucia no pudo disimular la rabia que le causaba Josefa que estaba junto al coronel, y bastante se marcó en su semblante la indignación ó enojo. — Malo, se dijo Astucia poniéndose mucho más triste y distraído, esta niña está sumamente resentida, tiene razón, soy un atrevido, un grosero, pensará que... que piense lo que se le antoje; yo no estaba en mi juicio, no me pude con-

tener, pues de la misma manera que á Refugio la consideraba mi refugio, á ésta al oírle decir Amparo, le dije sin reflexionar: *para ampararme*, mi brazo impulsado por una extraña fuerza oprimió su mano, y en ese instante yo no sabía si estaba en cielo ó en tierra, me sacó de mi estupor el sentir que violentamente la retiró; y fué mi delirio un relámpago que deslumbrándome me hizo desde luego conocer mi verdadera situación, exhalando mi alma un suspiro de profundo desconsuelo, sí de desconsuelo. Se paró Josefa para ir á ver á sus huéspedes, y Lorenzo prosiguió en su meditación diciendo: — Esto está muy triste, la música insulsa, y hasta las luces me parece que no alumbran; me largo, esto no me presta diversión, y por no llamar la atención cogió su sombrero y á un descuido se marchó dejándole á D. Clemente y su señora sus excusas con un amigo protestando una repentina indisposición. — Cuando regresó Josefa y su mamá seguidas de Amparo y Aurelia, su segunda hermana, se sorprendieron al recibir el recado. — Esos son vanos pretextos, dijo D. Clemente, que en otra pieza jugaba tresillo; búsquenlo, búsquenlo, yo no entiendo de excusas, y si está indispuerto menos debían de haber consentido que se retirara, ¿adónde va á estas horas? búsquenlo, llámenlo de mi parte. — Vaya vd. mismo, papá, dijo Josefa. — Sí, Clemente, repitió su esposa, anda, anda, tal vez será cosa de cuidado y... Salieron con D. Clemente algunos de los concurrentes, lo buscaron por varias partes, y por fin volvieron diciendo: — No parece. Se bailaron otras piezas con mucha desgana, y concluyó el baile porque cada cual se fué retirando, en cuanto acabó la animación y bromas del coronel.

— ¿Qué le sucedería al coronel? dijo doña Juanita al estar cenando, ¿qué mano, niña, que tal vez le hiciste una grosería? eres tan necia y tan falta de trato de gentes. — No, mamá, yo no le hice nada. — ¿Pues entonces por qué se fué cuando siempre es tan incansable para bailar? — Quién sabe, estaba distraído, triste, y por más que le hablaba no me hacía caso. — Sí, sí, yo también últimamente le advertí algo, tal vez algún asunto grave lo trae preocupado, y como el hombre es nuestro *uno*, como si dijéramos el todo de este valle, tiene tantas atenciones, disgustos, y como pesa sobre él solo la carga que se ha echado, dema-

siado hace en contemporizar con todos. Amparo por tal de no dejar hacer baza á Josefa se resolvió á volver á la sala, pues sin poderlo remediar le causaba celos con sus pretensiones; se propuso ponerle á Astucia mejor semblante, y escuchar sus disculpas si él procuraba desagradarla, determinada á absolverlo de culpa y pena; pero quedó sumamente triste al saber su desaparición, culpando á la acritud de su semblante y maneras con que demostró su enojo diciéndose: — Yo tengo la culpa por patarata, no me quemaba los dedos ni me hizo pedazos la mano para haberla retirado y darme luego luego por ofendida; el hombre tomó mucho interés en averiguar de mi familia, en saber mi nombre, y al decirme *para ampararme* me pareció que por sus brillantes ojos miraba su corazón, y sentí una dulce sensación que toda me hizo estremecer; no recuerdo ni lo que dije, me parecía que pisaba en lana, y me senté sin saber lo que por mí pasaba.

Se retiraron á dormir, cada cual formándose mil conjeturas. Lorenzo encumbrado en el cerro de la Culebra, en vano procuraba conciliar el sueño y apartar de su mente la cara colérica de Amparo, que lo confundió al verla pasar para la recámara. Se acostaba en la cama y tenía mucho calor, aventaba las sábanas y salía afuera á tirarse en la hamaca y el frío lo acosaba, por lo que no encontraba consuelo y reposo, se tapó una sábana blanca y empezó á pasearse en la plataforma; al mirar la luna recordó la canción, y con acento de despecho empezó á repetir: — Yo rancherón, yo pobre y sin ventura, osé mirar las gracias de tu tez, pero te veo más alta que la luna, ¡ay! sí, yo te adoré, perdona mi altivez. Pero vamos á cuentas, Lorenzo, ¿qué demonios me dió haber cometido con esa niña una grosería tan ajena de mi modo de pensar? sólo loco, sí loco, la semejanza con Refugio, su semblante tan seductor, sus maneras tan finas y toda ella que parece un ángel, una miniatura, un... Pero alto, alto, señor coronel del tompeate, ¿quién es vd. para aspirar el ser amparado por un Amparito tan primoroso? de veras que estoy loco, y loco de atar, una niña de recámara, una hija de un ministro del supremo Tribunal de Justicia, criada con mimos y contemplaciones, entre el lujo y la opulencia de la ciudad. Sí, sí, yo estoy loco; pero qué loco ni

qué ocho locos, ¿acaso soy dueño de poder dominar á mi corazón? ¿por qué no he de querer á esa idolatrada criatura con cuanto fuego soy capaz de amar? ¿quién podrá impedirme que adore sus encantos, que le dedique algunas horas á su contemplación, y que aunque sea su imagen bella mitigue mis pesares? No seré yo el que la pretenda, eso sería un absurdo, una locura, porque está más alta que la luna, pero solo Dios podrá privarme que sea para mí el objeto de mis ensueños, el ángel que me guíe y la sombra fantástica de mi ventura, sí, sí, jamás le diré una palabra, quédese todo en tal estado, no exijo correspondencia porque ese es el primer imposible, que ignore que la adoro, mi voluntad es libre, con su imagen estoy contento, porque aspirar á más es mucho más imposible; qué me importa su enojo, yo estoy resuelto á no volver á parecer en su presencia, una mirada seria, una leve reconvencción de sus hermosos ojos, me confundiría; pronto se restablecerá la mamá y se volverá ese brillante sol á alumbrar á Morelia, dejándonos aquí sumergidos en las tinieblas, pues en las cimas de estos cerros, en lo espeso de los montes, y en medio de tantísimo breñal por donde transito, me figuraré encontrarla, y como cuando en el sepulcro de mi padre me imagino verlo vivo, hablarle, escuchar su voz y cuanto á mi acalorada imaginación se le antoja, del mismo modo, en lo más solitario, al pie de un roble, á la orilla de un arroyo y en cuanta flor hermosa se presente á mis ojos, allí veré á mi Amparo, á mi hechicero Amparo. ¡Pero yo deliro, no sé lo que me pasa! ¡ah, corazón, corazón traicionero! cuando yo te creía seco, enjuto, muerto para toda sensación que no sean tormentos y lágrimas, despiertas ahora de un profundo letargo, no han bastado diez años de amarguras y lastimosos padecimientos para escarmentarte; la Refugio en que tenías cimentado tu refugio, vino al fin á refugiar á otro, esta Amparo en quien sueñas, sí, sueñas, esa es la palabra, encontrar amparo deberá sin duda ser el amparo de quien merezca tan alto amparo. ¿Per qué no te has fijado en otra de cuantas se han presentado en tu camino, que pudieran satisfacer tus caprichos y no pretender imposibles? ¿no bastan ya tantos tormentos como mi suerte desgraciada me ha hecho padecer para compurgar mis maldades? el hado cruel se ha

encaprichado en atormentarme haciéndome sentir sensaciones que yo juzgaba desterradas de mi pecho, ¿y en qué situación, Dios mío? cuando hasta mi propia familia he desterrado de aquí para no arrastrarla con mi caída y comprometerla con mi audacia, ¿y á quién te diriges, corazón? á quien como la luna sólo te alumbrará con su resplandor, pero que jamás podrás tocarla, recibir sus consuelos, comunicarle tus pesares, demostrarle tu cariño y... si sigo pensando en esto de veras me vuelvo loco. Todo es un sueño, un sueño que me hará estar soñando despierto, entretanto llega el sueño eterno que me ponga en paz, pues paciencia, soñemos, este nuevo martirio me falta que padecer, Dios dirá y su Majestad divina me favorezca. Con otras más reflexiones que más y más lo afirmaban en que su naciente pasión era para él un objeto imposible de alcanzar, siguió cavilando, y pasó una noche infernal.

Amparo por su lado también inquieta no pudo dormir, y otra clase de pensamientos la ocupaban, pues reflexionando con calma, conoció que el coronel no le merecía sólo un aprecio, sino algo más, porque ninguno de cuantos conocía, y muchos que de varios modos la habían pretendido, le habían causado tanto interés y sensaciones extrañas, hasta el extremo de infundirle celos en un instante. — Este coronel, se decía, á fuerza ha de tener á quien querer, y sería muy ridículo que yo fuera concibiendo por él una pasión, aunque su turbación, el suspiro, su tristeza y cuanto advertí que lo preocupó al demostrarme incómoda, me prueban que le pesó su arrebato; son los hombres tan astutos y estudian tan bien el modo de engañarnos, que es necesario obrar con cautela, otro hubiera tenido el caso por una broma, una distracción, y con vd. dispense, se hubiera quedado fresco á ver los efectos de su tentativa, eso es muy vulgar, así lo hacen todos, pero éste enmudeció, se quedó triste, y no sólo se excusó con la charla y metió boruca, sino que abandonó el campo abochornado, cada vez que lo recuerdo reniego de mi genio tan quisquilloso. ¿Y Josefa? ésa me quema la sangre, yo mañana la haré cantar de plano, quién sabe si ese modo tan extraño de insinuarse del coronel será su táctica para reconocer el terreno, esto me hace no arrepentirme del todo y el haberle manifestado que es escabroso y no muy fácil de andarlo.

Entre dudas, celos, y la mayor incertidumbre, pasó la noche, y luego que al día siguiente tuvo oportunidad, se llevó á Josefa para el jardín y con bastante disímulo promovió conversación sobre el coronel. — ¿Creo que el tal coronel no te parece terció de paja? le dijo. — Para qué lo he de negar, le contestó, lo quiero, pero me quedaré queriendo, porque ese hombre tiene corazón de roca. — ¡Cómo! ¿pues qué no te ha dicho nada, ni se te ha insinuado de ninguna manera? — No tú, y eso es lo que me da coraje, porque yo bastante hago para manifestarme, y no vayas á creer que sólo es cariño el que le tengo, es un capricho en que se interesa también mi amor propio y mi vanidad. — Esa es otra, pues cómo había yo de estar queriendo á una gente que no me corresponde, no seas boba, Josefa, no seas boba ni te hagas tan poco favor, no eres tan despreciable. — Pues por eso mismo tengo empeño, porque quiero no ser despreciable, y no más están pendientes de mi empresa. — ¡Hola! ¿conque eso ya es por efecto de empresa? sabes, niña, que no te comprendo. — Te lo diré de una vez, Amparito, tanto las Amescuas, Conchita Rubio, las Cendejas, como las hijas de D. Fermín, se han quedado chatas lo mismo que otras de la villa, en vano han puesto en juego todas sus coqueterías, ninguna ha podido llevarse la palma, y á no ser las demostraciones de urbanidad y aprecio superficial y flores sin aroma ni color, nadie ha conseguido la más leve insinuación del coronel, y cuidado que entre ellas hay bonitas muchachas y con dinero, que ya ves que son dos prendas no muy despreciables; como yo me he reído de ellas al verlas calabaceadas, estoy empeñada en que si han sospechado mi intención de echarles el pie atrás, no se vayan á reir de mí si me sucede igual cosa; tú que eres mi amiga, dame un consejo para que no me vaya á chasquear también. — Ya veremos, yo te diré lo que has de hacer; conque vamos al asunto del coronel, yo creo que tendrá por ahí algún entretenimiento y por eso no les ha hecho caso. — No tú, no tiene nada en todo el valle. — Tendrá oculta en su casa alguna marritas y... — Menos, porque no tiene casa. — ¡Cómo no tiene casa! ¿pues dónde habita, quién lo asiste, lo lava y...? — Nadie lo sabe, este coronel es un cosmopolita, un habitante de la luna, un judío errante,

qué sé yo, se remonta por esos cerros, y sólo sus cachorros que así les dice á esos baldados que lo acompañan, saben adónde duerme, anochece en un pueblo y va á amanecer á otro, andando de aquí para allí por todo el valle, infundiendo pavor á los pícaros y confianza á los hombres de bien, de manera que su vida privada es un misterio, y todo el mundo ignora sus guaridas, y ya lo ves, á todas las fiestas y diversiones concurre, con todos se lleva, lo quieren mucho, y lo que es más admirable, que no hay ninguna persona extraña que entre al valle, que no le salga al encuentro para ver si les conviene ó no su visita, venga de donde viniere. — ¿Pero qué nada han podido averiguar? — Nada, en fuerza de mucho empeño, sólo una cosa se ha llegado á traslucir. — ¿Cuál tú, cuál? — Que en varias noches, y á unas mismas horas, lo han visto llegar á Jungapeo con ciertas precauciones. — ¿Pues entonces claro es que allí tendrá sus amorcitos? — Tampoco, eso menos. — ¿Pues qué objeto lo lleva? — Llega atravesando callejones ó huertas, deja á sus criados á cierta distancia con su caballo y se mete al cementerio, allí sobre el sepulcro de su padre está hablando solo largo rato, y se retira limpiándose los ojos. — ¿Eso es todo lo que se ha podido indagar? — Eso y nada más, y ya verás, si el tal coronel es un hombre extraordinario y envuelto en un misterio, con un corazón de fierro ó quién sabe si no tiene corazón, porque con la misma serenidad que suelta una flor, manda colgar á un bandido y se queda riendo con sarcasmo. Conque ya sabes el secreto, aconséjame, tú qué eres más avisada y...

— Mira, en primer lugar, obliga á tu papá á que haga otro bailecito y lo convide de preferencia, tú te manifiestas seria, como resentida de que te hizo anoche poco caso. — ¿Y si se suelta riendo y me hace burla? — Para que eso no suceda es necesario estudiar el modo, el caso es ver si se consigue que conociendo su delito trate de desenojarte y entran en explicaciones, yo te iré diciendo cómo te debes conducir. — Corrientes, cuento con tu favor, Amparito, voy á ver qué me quieren porque me está gritando mi mamá. — Anda, y no dejes de apurarlo á tu papá para el bailecito porque...

Josefa se fué corriendo, y Amparo prosiguió sola : — Porque

á mí me interesa más que á ti, simplona; conque en resumen he logrado cuanto quería, ¿al coronel no se le sabe nada? eso me gusta porque es hombre de secreto. ¿Todas se han empeñado en metérsele por el ojo de una aguja, y bonitas y con dinero se han quedado chatas? mejor, no es de los que desperdicia su amor, ni lo vende por el vil interés. ¿Que á ninguna le ha hecho la más leve indicación? que me lo pregunten á mí. ¿Que todo lo presencia con sangre fría, serenidad y se ríe? pues una sola mirada mía ha bastado para aterrarlo, confundirlo, avergonzarlo, y... ¿Que su corazón es de roca, de fierro, que no tiene corazón? yo lo he oído suspirar y estoy cierta de que lo tiene y muy grande, muy noble, y sobre todo muy impresionable, ¿porque si está todo el día riendo y espera á llorar en el silencio de la noche, al lado de un frío sepulcro que deposita las yertas cenizas de un cadáver? ese corazón no es vulgar, es el que yo ambiciono poseer. ¿Que todo él está envuelto en un misterio? precisamente eso me causa más interés, yo también soy misteriosa, me entusiasma lo difícil, tengo como los hombres espíritu de la conquista, lo fácil me empalaga, me choca la vulgaridad, y sea cual fuere ese velo que tanto oculta al dicho coronel, yo lo romperé, penetraré ese misterio, y si como me lo infero, el hombre está atormentado y lleno de cuidados, con mucho gusto si no se los alivio participaré de ellos, sí, sí, mi corazón me lo dice, y este ha sido el único mortal que lo ha hecho palpar con violencia, lo amo, lo amo y nadie podrá estorbármelo; pero disimulemos como él, reiré en público, y lo amaré en secreto. A instancias de Josefa consiguió que se hiciera el bailecito, tanto ella como Amparo tenían muy estudiados sus papeles, pero en vano fué todo, porque á última hora llegó un recado del coronel disculpándose de no concurrir. Aquello estuvo muy frío, acabó temprano, y las interesadas fueron dominadas por la tristeza, principalmente Amparo que resuelta á amarlo no tenía modo alguno para lograr su fin, y cuanto más conocía las dificultades más y más crecía su entusiasmo, contaba ya veintidós años, estaba apasionada, y con mucha prudencia disimulaba su estado violento y angustioso, con no menos tormentos el coronel se empeñaba en excusar su presencia, contentándose con esconderse en el limo-

nero, un pedazo de ladera frente á los baños de Porua muy poblado de árboles de naranjas, limas, y limones silvestres, sumamente aromático y hermoso, desde allí miraba pasar al tierno objeto de sus adoradas ilusiones, soñando despierto, arrimado tras de un palo, hasta que se retiraban por la tarde las concurrentes á bañarse. Algunas veces Amparo sentada sola al pie de un guayabo, tenía iguales pensamientos que terminaban con muchos suspiros y ocasiones con lágrimas, sin saber que muy cerca tenía al que buscaba, entre aquellos montes donde su vista se fijaba.

Lorenzo inquieto, quiso presentársele, hacérsele visible, pero reflexionando en los obstáculos y los imposibles se desanimaba exclamando: — Y en dado caso de que me correspondiera, ¿cómo he de engañar á esa niña ni hacerla participar de las desgracias que me persiguen? no, primero sucumbiré soñando, viviré sólo alimentando esa ilusión, sin exponerla á sufrir una espantosa realidad, y manchar con mi triste pasado, comprometido presente, y arriesgado porvenir, á una criatura tan hermosa, que sólo cometiendo una vileza podría ser mi ángel tutelar, mi dicha, y en fin, mi único amparo. Qué lejos estará de que mientras ella está tal vez lamentando la ausencia de su amado, ansiando por irse á la ciudad, un pobre ranchero á quien su presencia ha venido á enloquecer, oculto entre estos palos la ama con delirio y no quiere que se vaya.

Así, en encontrados procederes, ella ansiando verlo, y él tratando de excusarse se pasaron cerca de dos meses, padeciendo ambos mil sinsabores que fomentaban su pasión. De balde volvió Josefa á instancias de Amparo á hacer á su padre costear otro bailecito, tuvo el mismo resultado, poniéndolas en cuidado porque el coronel se disculpó pretextando enfermedad. Se vino un día á los Mogotes, y estaba en la casa del viejo D. Cleofas que siguió ejerciendo la cirugía, esperando la hora de ver pasar á las que iban á los baños para irse á emboscar al limonero, cuando Simón entró diciendo: — Ahí viene el amo D. Clemente, ya está en la puerta del buen suceso. — ¡Qué demonio! exclamó; mira, dame unos chupetones en esta taba, luego en un brazo; D. Cleofas, póngame vd. aguardiente, y encima unos trapos. Tendió sus armas de pelo y se tiró fuera

del jacal para figurarse lastimado, colgándose el brazo izquierdo sin la manga de la chaqueta de otro pañuelo, apareciendo manco y cojo. — ¡Qué ha sido esto, amado coronel! dijo D. Clemente muy sorprendido. — Una contingencia, amigo mío, le respondió, se le fueron á mi caballo los cuatro pies, y rodamos un gran trecho, están esos cerros inandables. — ¿Por eso no pudo vd. concurrir á mi bailecito del domingo? — Precisamente. — Pues á todos nos ha tenido vd. llenos de cuidado, y ahora casualmente que llegó un arriero á la tienda, mi esposa le preguntó por vd. y le aseguró que aquí lo había visto llegar, luego me han hecho venir en su busca, y en el supuesto de que aun está enfermo, quiero que se vaya á acabar de restablecer á mi casa. — Pero, señor D. Clemente, ¿cómo voy á inferir esa molestia? aquí el amigo D. Cleofas me está curando y... — Yo no entiendo de excusas, la otra noche nos la echó sin despedida, y si no admite mi ofrecimiento creeré que no me considera digno de su amistad, que desprecia á mi familia, que... — Corrientes, señor, admito su oferta, y por allá voy dentro de un rato, voy á mandar traer mi caballo y... — Gracias por su condescendencia, coronel, voy á adelantarme para prevenirías, y allá lo espero. — Allá voy, caballero.

La noticia de D. Clemente al ponderar el triste estado en que encontró al coronel causó pesar por sus males, y gusto porque iban á tener su presencia. — ¿Qué hago, tú? aconséjame; Amparito, ¿qué hago? decía Josefa llena de inquietud. — Corre para el zaguán, posesiónate del cerrojo, yo espiaré por la ventana y en cuanto te avise abres, para que tú seas la primera que vea que se interesa por él, procura demostrar tu cuidado de la manera más clara para que te viva agradecido. Corrió la pobre á su puesto muy ufana, mientras la consejera se situó en la primera ventana como centinela avanzada. A poco apareció el coronel paso á paso con un pie entrapujado, sostenido de un ceñidor de la cabeza de la silla, y un brazo en cabrestillo, fingiéndose entelerido; al verlo Amparo hizo esfuerzo sobre sí misma, le puso una cara muy halagüeña, y le dijo sin más saludo con interés: — ¿Es cosa grave, coronel? — No, señorita, cualquier... — Pues ya cesa mi tormento, disimulemos, y cuidado con Josefa. Cerró la vidriera y arrancó para el corredor

diciéndole á su amiga : — Ya, ya, y volviéndose á meter á su pieza acabó la frase : ya no te temo, Josefa, el corazón me salta de alegría, y si no he aprovechado este instante, me ahoga la pena que me destrozaba el alma. Lorenzo desde que vió á su adorada con semblante alegre se llenó de regocijo, la declaración tan concisa como clara é inesperada lo sacó de quicio, por poco echa á perder la cosa, pues olvidándose de su papel metió espuela con el pie cojo, soltó el brazo lastimado, y quería meterse con todo y caballo por la ventana tras de su suspirada Amparo ; al instante advirtió su locura diciéndose : — Disimulemos mi felicidad, y finjamos mi desgracia. Volvió á la actitud de enfermo y siguió andando, Josefa abrió el zaguán de par en par, y al ver su fatal contingencia, empezó á hacer mil aspavientos, preguntas, y demostrar tanto cuidado y solicitud, que hasta Simón que iba sirviendo á su amo de apoyo se decía : — Gana de que azote, niña, ya le ganaron la punta, el que primero arranca llega al cabestro, y la verdad, la verdad, la otra me cuadra más. El coronel fastidiado disimulaba la cólera que lo causaban aquellos excesos que no solicitaba ni agradecía, con hacer gestos y morderse los labios, no consintió tirarse en la cama que le habían dispuesto, sino que en la sala sentado en un sillón, con el pie sobre almohadas, ó tendido en un canapé aguantó la tormenta de visitas y curiosos que le hacían continuamente contar el estudiado lance que llevaba meditado.

Amparo como extraña á todo, sólo con los ojos explicaba su sentir, y ambos se entendían perfectamente, poco á poco se hizo de confianza, delante de Josefa le dió á entender Lorenzo algo de correspondencia epistolar, á lo que contestó que era enemiga de escribir, por fin, con el disimulo recomendado, hablando de los baños y la amenidad de aquel sitio, ponderó Lorenzo el aroma, frondosidad, y dulces encantos que prestaba el limonero, terminando con : Está aquello delicioso para... alabar á Dios que todo lo ha criado.

— Como el demonio que yo subiera por allí sólo por oler naranjos y cortar limas amargas, dijo Josefa. — También las hay muy dulces, Josefa. — Sí, pero muy arriba. — Pues eso quiero decir, tantito más arriba, más arribita donde se pueda dominar el sitio para de arrollar un pensamiento. — Yo no he subido,

pero tampoco subiré porque hay muchos jabalíes. — Ahora no es tiempo de que bajen, hasta las aguas. — Sin embargo, es mucho exponerse, ¿ y tú te atreverías, Amparito? — Sólo por gozar de la encantadora vista que pondera el coronel, haría un esfuerzo. — Qué habías de subir, en cuanto te gruñera un cochino, arrancabas de miedo. — Puede ser, pero yo subiría, y armada de un garrote, soy capaz de encumbrar hasta encontrar las limas dulces. — A que no. — A que sí. — Pues ya veremos. — Ya veremos. — Sí, pero has de subir tú solita. — Por supuesto, eso por sabido se calla, ¿ no, coronel? — Por lo menos así lo he entendido, vale que ahí me contarán si de veras es vd. tan resuelta, Amparito; á pesar que desde ahora le aseguro que no correrá más riesgo que algunos rasguños con los palos, que se puede evitar si sube con cuidado por el lado izquierdo que es más practicable. Se restableció el coronel, y á los cuatro días marchó á estar listo en el limonero, para esperar á la intrépida que estaba resuelta á subir solita, lo intentó varias veces, y Josefa no queriendo ser menos, mientras que Amparo tomaba el lado izquierdo indicado, ella por el derecho quería sacarle ventaja y llegar primero, lo andable por aquel terreno escabroso y el bosque que en el centro estaba estrecho, hacía que al llegar á media cumbre una y otra se juntaran, y Amparo en cuanto se veía acompañada desistía de su empresa. Como los baños eran cada tres ó cuatro días, y no siempre tenía esa niña oportunidad de alejarse porque ella estaba pendiente de asistir á su mamá, más de un mes se pasó sólo en tentativas, Lorenzo no tenía pretexto con que presentarse, y en la casa tampoco podían hablarse, bajó Lorenzo hasta medio limonero, ya iba á salirle al encuentro á su amada cuando percibió á Josefa y una criada, se ocultó, y por tal de quitarles á los importunos las ganas de andar por allí, pegó un fuerte gruñido haciendo ruido contra los matorrales, todas corrieron por el centro asustadísimas incluso Amparo que aunque después dudó de la verdad de aquel riesgo, tuvo que seguir tras de las otras que por llegar azoradas dieron motivo á que la señora les prohibiera á todas el volver á andar por el limonero, ya no era posible ocurrir á la cita hasta que se aquietaran los ánimos, sin hallar Amparo modo de darle un aviso al que impaciente la esperaba.

Otro día que la señora estaba recogida, volvió Amparo á su empresa, pero no quisieron dejarla ir sola, fué Aurelia con Josefa, subieron hasta arriba, recogieron limas dulces, y Lorenzo naturalmente se quiso ocultar para que las acompañantes no lo vieran, se paró sobre una piedra suelta, falseó un pie y cayó sobre un breñal con estrépito, y volvieron á correr todas llenas de sobresalto sin largar sus envoltorios de limas, mientras Lorenzo con un codo raspado, la cara arañada, y la ropa hecha pedazos renegaba de su torpeza. Por fin, Amparo con Lola su hermanita chiquilla volvió á encumbrar, estaban recogiendo limas en un pañuelo, cuando el caballo de Lorenzo que no estaba muy distante dió un fuerte estornudo, y Lola dando de gritos partió para abajo, Amparo la siguió tratándola de aquietar, y allí dejaron el pañuelo con todo y limas. Mirándola correr Lorenzo se puso muy triste, pues cuatro ó cinco veces se había alejado Amparo de su presencia del mismo modo, alzó el pañuelo, y con su lápiz escribió con letra bastante visible: —

« Si el cielo compadecido, su amparo me manda en ti, ampara á un hombre afligido; Amparo, no huyas de mí. — Lorenzo. »
Le volvió á poner encima las limas y se ocultó por si acaso volvía Amparo acompañada. Esta á media ladera parándose le dijo á Lola: — ¿ Quese mi pañuelo, niña? — Allá lo dejé con las limas. — Vamos por él, ¿ cómo lo he de perder? — Yo no vuelvo, anda tú si quieres. — ¿ Pero cómo te quedas aquí solita? — Yo me bajaré corriendo. — Eso es, para que vea mamá que hemos venido y nos regañe. — ¿ Pues qué hacemos? — Te voy á subir en esa rama y ahí me esperas calladita la boca. — ¿ Pero si me caigo? — No, te voy á amarrar con tu rebozo, y adonde te estés quietecita mientras vuelvo, te doy muchas cositas para tus muñecas. — Pues súbeme. La trepó en la rama de un naranjo y la aseguró bien para que de allí no pasara, se subió, al tomar el pañuelo advirtió lo escrito, leyó el versito y exclamó: — Bien sabe Dios que no huyo de ti, Lorenzo, pero... — Pero en este instante, Amparo mía, me hace el hombre más feliz, dijo Lorenzo saliendo de su escondite. — Ahí hablaremos, D. Lorenzo, no tengo tiempo. ¿ Digame dónde podremos con franqueza vernos? — Entre dos y tres de la mañana por la ventana de su recámara, la seña será un leve golpecito en la

vidriera. — Eso no puede ser porque hemos mudado de dormitorio mientras componen el piso, es mejor por la ventana del jardín, si vd. puede brincar la tapia. — La salvaré. — Pues adiós, y de dos á tres, y le tendió la mano. — Eso es muy frío, permítame que la estreche contra mi corazón, y abrió los brazos, ella correspondió, y ambos delirantes se enlazaron, fué tanta la ventura que sentía Lorenzo en ese momento, que oprimiéndola con dulzura brotaron á sus ojos las lágrimas de gozo, y sólo pudo después de derramar algunas decirle: — Perdóneme, ángel mío, si con estas inmundas lágrimas mancho su rostro angelical; son las primeras que de gozo derramo en más de diez años que sólo las he vertido de pesar. — Y yo las enjugaré, porque me parten el alma, le contestó; pera ya me grita Lola, hasta la noche, hasta la noche, hasta la noche, adiós. — Adiós, vida de mi vida.

Ella se desprendió, alzó sus limas, y bajó precipitada diciéndose á sí misma: — Las enjugaré mas que me cueste la vida, mi corazón no me engañó, ya encontré cuanto ambicionaba. Desató á la amarra y tranquila, mucho más disimulaba sus amores. Lorenzo primero loco de contento, y luego lleno de mil pensamientos contradictorios, se fué para la Culebra á disponer la escalera para brincar al jardín.